

Perspectivas de una investigación filosófica según el estado de avance de la edición completa de las obras de J. G. Fichte¹

Manfred GAWLINA

La edición crítica de las obras de Johann Gottlieb Fichte ha alcanzado la última fase productiva del filósofo². Ésta se extiende desde 1810 hasta 1814. Con ello, en cuanto a los presupuestos, tanto para una investigación filosófico-sistemática como para una filosófico-histórica se abre ahora la posibilidad de obtener una información completa acerca del carácter global

¹ Traducción de Alberto Ciria.

² Reinhard Lauth, doctor en Filosofía y en Medicina, Profesor de Filosofía General en la Universidad Ludwig-Maximilian, desde los años sesenta legitima Múnich como uno de los centros más importantes de la investigación sobre Fichte y sobre la filosofía clásica alemana (desde Kant hasta Hegel y Schelling). Esto es debido, por un lado, a su actividad editora –sólo la *J. G. Fichte-Gesamtausgabe* (=GA) comprende ya cerca de treinta volúmenes–, y por otro lado, a sus análisis y proyectos filosóficos, como por ejemplo su libro *Die transzendente Naturlehre* (de la cual se prepara ahora una edición española). De este doble modo, Reinhard Lauth, como apenas ningún otro filósofo actual, ha encontrado el reconocimiento de los especialistas de todo el mundo y ha creado un discipulado.

Una información más detallada sobre la obra de Reinhard Lauth se encuentra en el volumen 11 (1981) de la revista *Idealistic Studies*.

Recientemente, y entre otras, v. además las siguientes publicaciones:

Aldo Masullo y Marco Ivaldo (editores): *Filosofía trascendente e destinazione etica*. Nápoles 1995. = *Fichtiana. Collana diretta da Reinhard Lauth e Marco Ivaldo*; vol. 4.

Erich Fuchs e Ives Radrizzani (edit.):

I. Der Grundansatz der ersten Wissenschaftslehre Fichtes. II. Der Stand der Fichte-Forschung. Neuried 1996.

del pensamiento fichteano. Se trata primeramente de cómo el propio Fichte ajustó su proyecto de la "Doctrina de la Ciencia" al objeto puesto por ella: el saber absoluto y, en él, el saber del absoluto. Siendo consecuentes con este planteamiento, se pueden investigar, más allá de Fichte –pero sin renunciar por ello al modelo que él estableció–, las condiciones para la declaración como "género" de la filosofía trascendental. Habría pues que preguntar aquí por la posibilidad de conciliación y de traducción, según las diversas formas que asume el esclarecimiento del saber acerca de sí mismo.

La filosofía no inventa: reproduce. No construye realidad: *reconstruye*, pero no la realidad misma, sino el empleo de estructuras cognoscitivas, y esto con miras a su validez objetiva. Algo como la experiencia sólo llega a ser pensable conforme a su esencia y a sus límites merced a esta reproducción. En correspondencia, sólo la filosofía en el más amplio sentido de la palabra puede calificarse como "Doctrina de la Ciencia", es decir, como saber del saber que configura una teoría, y constituirse en sistema *abierto*. Si, enteramente en este sentido, el joven Johann Gottlieb Fichte, en el invierno de 1793/94 declaró en Zúrich que el "objeto" de su Doctrina de la Ciencia era todo el "sistema del espíritu humano", esto fue sólo para dar cuenta de sus estructuras internas en el modo de la reconstrucción: "Nosotros no somos legisladores del espíritu humano, sino sus historiógrafos."

El criterio sistemático de la investigación sobre Fichte

A la vista del programa que se acaba de esbozar, una investigación filosófica de Fichte que no quiera defraudar la norma dada por este pensador, no puede comprenderse a sí misma sino como reproduciendo por su parte. Tiene entonces que tratar de reconstruir el proceso de reconstrucción de Fichte. Ahí se ve confrontada inevitablemente con la tarea especial, y al mismo tiempo suprema en lo formal, de volver a trazar la incorporación de la Doctrina de la Ciencia al conjunto del saber. Este paso final de la filosofía tardía de Fichte se llama "Doctrina de la Ciencia *in specie*"; con arreglo a la exigencia de teoría, debe posibilitar nada menos que la culminación de la Doctrina de la Ciencia en su totalidad.

El presupuesto externo para ello se encuentra en la documentación de las fuentes relevantes para esta problemática. Este presupuesto está a punto de cumplirse. La *J.G. Fichte-Gesamtausgabe*, que procede cronológicamente,

ha alcanzado ahora ya el año umbral de 1810. Fichte murió a fines de enero de 1814, de un modo por completo inesperado y sin haber cumplido aún los 52 años. A partir de esto, las últimas cinco exposiciones que Fichte elaboró de la Doctrina de la Ciencia, las de 1810, 1811, 1812, 1813 y 1814, pueden identificarse desde un punto de vista biográfico como los momentos capitales de su "obra tardía". Si hay un especial atractivo intelectual, más bien no habría que buscarlo en un modo de consideración meramente empírico-histórico. La fascinación sólo se despierta si uno se pregunta sistemáticamente si Fichte, en estas cinco exposiciones de la Doctrina de la Ciencia, y al menos en sus líneas principales, fue capaz de lograr lo que se había propuesto como vía de argumentación, según cabe averiguar a partir de sus planteamientos de 1810 y sobre todo de 1811. La primera confrontación en cuanto al contenido con el material descifrado y transcrito en un trabajo sobresaliente, que no en último término hay que agradecer a Hans Gliwitzki, ha dado de hecho como resultado que el "último" Fichte logró la culminación ascendente de la empresa total de la Doctrina de la Ciencia.

La consecución de la clausura sistemática no atañe sólo a la propia obra de Fichte: si, según se ha dicho, hay que entender la investigación de Fichte como una reconstrucción reproductora, esto significa forzosamente que su proceso de reconstrucción sólo puede ganar su legitimación última a partir del fragmento teórico que en Fichte cierra toda la realización primaria del saber (acerca de esto, en la Doctrina de la Ciencia de 1811: "El saber retorna a sí, abarcándose y confirmándose a sí mismo. *Es un círculo.*") Ciertamente que *sensu stricto* esto vale sólo para una investigación que comparte la posición filosófica de la Doctrina de la Ciencia, lo cual a la vez, si es que debe hacerse con conocimiento, no puede llevarse a cabo sino críticamente.

El horizonte del pensamiento transcendental

Justamente hasta ahora, a todo aquel que pensara por entero el proyecto total de Fichte de la Doctrina de la Ciencia se le podía hacer evidente que la pregunta por si toda investigación acerca de Fichte era adecuada en último término sólo podía resolverse en la confrontación con la clave de bóveda que representa la obra de Fichte de 1810 a 1814. Este deber interno del pensamiento de ponerse en relación con el retorno de la Doctrina de la Ciencia *in specie* al saber mismo, hasta ahora, y debido a que las fuentes a disposición no eran representativas, seguía siendo en gran parte virtual. Sólo ahora es

posible realmente el desarrollo de la contraprueba, la evaluación de las propias investigaciones a la luz del paso culminante rector de Fichte.

Ciertamente que esta tarea del aseguramiento retrospectivo no puede hacerse reconstructivamente de un modo meramente pasivo. Al menos dos razones metódicas sostienen que esto sólo puede suceder en forma de lo que Fichte llama una “reconstrucción libre”, es decir, activa: la autoevaluación de la investigación tiene que clausurar y reconstruir simultáneamente el sentido completo de las cinco últimas versiones de la Doctrina de la Ciencia de Fichte. Cuanto menos, el propio modo de exposición de Fichte requerirá en detalle de tantas mejoras y complementaciones. Así, la investigación de Fichte, con este examen, está llamada y capacitada, y quizá ahora en mayor medida que nunca, a una creatividad tan elevada como multilateral, pues en adelante puede tomar la profundidad última de la Doctrina de la Ciencia como su punto final.

En un segundo sentido, e incluso más altamente sistemático, la culminación interna de la Doctrina de la Ciencia, como criterio conductor, abre aún una nueva investigación rectora: puesto que es ostensiblemente cierto que también el último Fichte se entendió a sí mismo sin reservas como un pensador trascendental, el proceso de clausura de su pensamiento conduce en particular a la pregunta acerca de una comparación con los logros de los otros grandes representantes del planteamiento trascendental. Una comparación semejante no hallaría un final legítimo en una erudición meramente formal. Tal comparación tendría más bien la tarea de exponer el horizonte y la estructura interna de un *género* de filosofía trascendental. Con ello, se constituiría a sí mismo en espacio de posibilidades para unas explicaciones *materiales*. Merced a tal comparación interpretativa³, podrían valorarse entonces recíprocamente diversos tipos de conocimiento del saber, y en particular podrían investigarse sus respectivos teoremas-clave respecto de su función en la totalidad del saber, así como quizá también la posibilidad de sustituirlos. Este planteamiento ampliado brinda la oportunidad de salirse más allá del estrecho contexto histórico de Fichte y, en general, de la filosofía clásica alemana. Si se sigue aquí su irradiación en el tiempo hacia atrás, se ofrece ante todo la reflexión sobre el camino que fue recorrido por vez pri-

³ Acerca de esto: Manfred Gawlina: “Zur Aufgabe transzendentaler Interpretation.” En: *Philosophische Rundschau* 44 (1997) pp. 52-63.

mera por René Descartes⁴. (En el otro sentido, le puede corresponder, del modo más destacado, al último Edmund Husserl.)

Sobre la problemática fundamental de la Doctrina de la Ciencia tardía

Los últimos trabajos de Fichte para la Doctrina de la Ciencia están concebidos como un todo articulado (“unificación orgánica y penetración recíproca”). En el centro está siempre el concepto de “esquema” de la razón. Por medio de él, pueden clasificarse exhaustivamente los principios internos de la razón junto con sus implicaciones esenciales –en oposición al mismo tiempo indefinida–. A una con ello, el adoctrinante de la Ciencia puede y debe demostrar los fundamentos cognoscitivos metódicos para la apropiación reconstructiva de aquel entramado arquitectónico de relaciones. Fichte sigue aquí los grados del saber que se capta a sí mismo, por encima de unos esquemas progresivamente superiores, hasta la autocaptación completa en el saber del saber, esto es, en la Doctrina de la Ciencia. Por motivos didácticos, de 1811 a 1814, en cada ciclo de conferencias de la Doctrina de la Ciencia escogió cada vez un esquema superior del saber como punto de partida.

En suma, se trata de la relación entre la razón, su esquema y la Doctrina de la Ciencia como su reconstrucción. En la Doctrina de la Ciencia de 1811, Fichte comienza justamente con el pensamiento del “ser” en su concepción más alta posible, con el pensamiento del Absoluto como ser (ser absoluto). Con ello, pone su doctrina del saber en relación de oposición con la doctrina del ser, en concreto con las intentadas artimañas de una *filosofía ontológica*, tal como ha sido representada paradigmáticamente por Spinoza y Schelling. Ahí, Fichte no se limita en modo alguno a un ajuste de cuentas polémico con ambos pensadores. Más bien les quiere destruir analíticamente su teorema central, mostrando que todo discurso consecuente sobre el ser jamás puede terminar en un planteamiento ontológico *a la* Spinoza o Schelling, sino que justamente conduce a la Doctrina de la Ciencia. Si el Absoluto debe valer

⁴ Reinhard Lauth prepara en estos momentos un estudio acerca de en qué medida la idea de sistema en Descartes puede considerarse como una concepción transcendental. Acerca de Leibniz, que en muchos aspectos queda muy a la zaga de lo logrado por Descartes, Lauth se ocupó últimamente en: “*Leibniz im Verständnis Fichtes*.” En: *Kant-Studien* 87 (1996). Sobre la relación de Leibniz con lo transcendental, asimismo: Manfred Gawlina: “*Das Medusenhaupt der Kritik*.” Berlín, Nueva York 1996. = *Kantstudien-Ergänzungshefte*, vol. 128.

aquí como “ser” *sensu stricto*, eso sólo es posible bajo la garantía de que todo tipo de “manifestación” hay que concebirlo esquemáticamente como una “imagen” libre, no mimética de este Absoluto. Con la admisión del ser absoluto se vincula de tal modo la libertad del conocimiento y de la acción.

También para la colocación de esta piedra final de toda la Doctrina de la Ciencia en los años de 1810 a 1814, son válidas las palabras de Fichte en su carta de 1795 a F. H. Jacobi: “¿Para qué sirve el punto de vista especulativo, y con él la filosofía entera, si no es para la vida?”⁵ Por muy abstractos y arcanos que puedan sonar sus desarrollos (“[elle] place la pyramide sur la pointe”, opinaba Mme. de Staël), la Doctrina de la Ciencia no se sirve a sí misma. Ella debe rendir cuentas sobre la justificación de *todos* los modos de configuración –tanto de los teóricos, como de los prácticos y de los estéticos– que se imponen a la decisión de todo hombre tan sólo con que en general esté en condiciones de juzgar, al margen de las circunstancias en las que viva y de cómo se comporte fácticamente en la vida respecto de estos intereses de la razón. Fue el propósito tanto existencial como intelectual de Fichte mostrar de un modo viable que, conforme a la razón, no puede pensarse como verdaderamente viviente nada humano que no participe conscientemente de la autónoma manifestación del Absoluto, y que nadie que renuncie al peso entero de esta intelección será capaz de comprenderse a sí mismo como un servidor de la filosofía.

⁵ GA vol. III, 2; p. 392.